

[422]

El proyecto de *Iberconceptos II* tiene un límite temporal que deja preguntas pendientes. Si se entiende la historia de los conceptos como una apuesta distante de la ya tan criticada historia de las ideas, este esfuerzo debería permitir no solo la emergencia de las tensiones pasadas como un fin en sí mismo, sino interpretar las tensiones presentes de manera histórica y diacrónica. Sin duda alguna, dotar de historia a la democracia nos permite evidenciar los conflictos que subyacen a ella y que son parte de nuestras tensiones actuales: la representación, la escala territorial, la libertad, entre muchos otros, son debates que aparecen constantemente y que aunque se han desplazado con el tiempo y han tomado matices diferentes, vuelven una y otra vez con facetas distintas para transformar nuestros horizontes de deseos y expectativas. Sin embargo, el Diccionario en este aspecto permanece mudo. El aporte que la reconstrucción del concepto “democracia” entre 1770 y 1870 tiene para nuestros debates actuales queda en suspenso en *Iberconceptos II* y nos perfila hacia una tarea colectiva. Esta reseña es solo un intento por explicitar esa tarea.

LILIANA CHAPARRO MORENO

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

lrchapparrom@unal.edu.co

Reinhart Koselleck.

Sentido y repetición en la historia.

Buenos Aires: Hydra, 2013. 171 páginas.

DOI: 10.15446/achsc.v43n1.55079

Este volumen reúne tres trabajos escritos en distintas épocas por el historiador alemán Reinhart Koselleck (1923-2006), tomados de la colección póstuma en alemán editada por el filósofo Carsten Dutt, y acompañados por un prefacio y un epílogo del politólogo Reinhard Mehring. Es una traducción muy bien cuidada y sus notas iluminan los entramados de significación que revisten ciertos conceptos nodales en la obra del historiador, cuyo sentido es privativo de la lengua alemana.

Los textos de Mehring reconstruyen la trayectoria del historiador en el contexto cultural alemán del siglo XX y resaltan el valor de los trabajos compilados. Se destacan las influencias intelectuales que recibió y la impronta de experiencias como la Segunda Guerra Mundial, en la que participó como soldado, que marcaría interrogantes fundamentales de su obra, como aquel del culto a los muertos.

En dicha trayectoria sobresale un distanciamiento del marxismo dominante en el contexto alemán de la segunda posguerra y el esfuerzo de Koselleck por partir de un diálogo entre la historia, las ciencias sociales y la filosofía, con el fin de desarrollar una teoría de la historia que rompiera con la herencia de la filosofía idealista e historicista. Según Mehring, pese a su orientación conservadora, patente en la influencia de Carl Schmitt (que el autor retrata en el epílogo), el historiador alemán fue un defensor del liberalismo. Su constante participación en discusiones públicas, lo configuraron como un “espíritu libre” (*Freigeist*), que no subordinó su trabajo intelectual a causa política o ideológica alguna.

[423]

“¿Para qué todavía investigación histórica?” (1971), título del primer trabajo, está suscitado por lo que para Koselleck es una doble crisis, del historicismo basado en la lectura teleológica de la historia y de la disciplina histórica, en la segunda posguerra. Las respuestas a dicho interrogante permiten decantar los presupuestos filosóficos de su trabajo alrededor de la crítica de la metafísica y de la ideología presente en el historicismo idealista, y la necesidad de formular una teoría de la historia a partir de un diálogo con otras disciplinas humanas. Para el historiador alemán, la crisis de la historia está recubierta por una deshistorización de las ciencias humanas y sociales desde principios del siglo xx, cuando la visión dominante del cambio perpetuo cedió su lugar al énfasis en la irrepitibilidad de cada proceso, las explicaciones y los modelos causales como criterio básico de la ciencia. Por su parte, la ciencia histórica se vuelve sobre sí misma, como un discurso para especialistas y, a diferencia de las demás disciplinas (que se han apropiado de sus objetos de estudio), el método histórico parece relegarse a algo subsidiario sin un objeto propio.

Según Koselleck, en parte, eso se explica porque la historia es un descubrimiento moderno, a partir de la convergencia de dos campos semánticos durante los siglos xvii y xviii, el de la historia como decurso temporal (*Geschichte*) y como narración de lo acontecido (*Historie*). Este giro en el lenguaje prepara el terreno para la concepción idealista del historicismo, que asume la existencia de una “historia en sí” o una “historia sin más”. Luego de la Revolución francesa no existen más historias plurales susceptibles de repetición, sino una única historia, en sí y para sí, sujeto y objeto, el “colectivo singular” de la historia, un concepto metahistórico de historia que es condición de posibilidad de todas las historias. Este concepto, manipulable por la ideología, hace necesaria la investigación histórica, puesto que, “cuanto más problemática se vuelve la ‘historia sin más’, tanto más legítima se vuelve la investigación histórica como ciencia crítica” (p. 59). La disciplina histórica ofrece un método crítico que empieza por estudiar el detalle concreto, articula presupuestos teóricos de otras disciplinas, mantiene

un efecto de distanciamiento de los enunciados que produce, procede a una crítica ideológica mediante el método histórico-filológico y renuncia a derivar inmediatamente directivas para la acción futura, sin que ello implique que no pueda develar tendencias mediatas.

[424]

Pero esos criterios formales, advierte el historiador alemán, son compartidos con otras disciplinas; por tanto, es necesario abordar el problema del pasado del que se encarga la historia. El pasado presenta una antinomia irresoluble: es al mismo tiempo irrevocable, no se puede volver a él, pero también es presente y futuro, porque determina las posibilidades de los acontecimientos por venir. Esto plantea la necesidad de reflexión teórica en la disciplina histórica, tomando elementos de las otras disciplinas, pero también de construir una teoría de los tiempos históricos. Para el autor, la pregunta por las estructuras temporales es la clave para llegar a esa teoría, articular la experiencia histórica con la investigación historiográfica e interrogar las historias previas a la historia moderna.

Esa crítica del historicismo se complementa con una crítica del sentido en “Sobre el sentido y el sinsentido de la historia” (1997). A partir de una edición falsa, preparada con fines propagandísticos, de cartas de combatientes alemanes en la batalla de Stalingrado, Koselleck se interroga por las posibilidades de atribuirle algún sentido a ese acontecimiento. Su hipótesis es que hay que aprender a lidiar con la ausencia de sentido, que no es lo mismo que el sinsentido, puesto que este último presupone un juicio sobre el sentido. El historiador alemán argumenta que las historias se ensamblan a partir de la percepción de los que toman parte en ellas, de su perspectiva. Por eso, siempre hay un hiato insalvable entre el acontecimiento experimentado y su narración, ambos nunca coinciden: “Lo que propiamente sucedió *in situ* se sustrae, de acuerdo con lo anterior, a cualquier pregunta por el sentido” (p. 98). Así, la diversidad de historias provistas por la percepción, que conforman una historia, cuestionan la posibilidad de que su reescritura sea la única posibilidad de atribuirles un sentido. Por consiguiente, la hipótesis de ausencia de sentido es, en un sentido epistemológico, un mejor punto de partida para la comprensión. La historia no es la suma de las percepciones particulares de lo acontecido, sino lo que *a posteriori* se define como tal, es más y menos que la suma de las diversas percepciones:

Toda historia constituye, en la medida en que la analizamos como si efectivamente se hubiera desenrollado por completo, una *logificatio post festum* [logicización posterior al hecho]. Pero ello presupone que toda historia, en el proceso mismo de su consumación, está desprovista de sentido. (p. 101)

Para ahondar en dicha tesis, Koselleck echa mano de la crítica de Nietzsche al historicismo. En un texto de 1873, “Sobre la utilidad y el perjuicio de la investigación histórica para la vida”, Nietzsche argumenta contra cuatro axiomas que instituyen el sentido moderno de la historia: que esta tiene un fin determinado (teleología) y por tanto obedece a una necesidad (inevitabilidad), que está revestida de justicia y que metafóricamente puede representarse como el transcurso de edades por el discurrir temporal. Cuando Nietzsche pone a la historia como sierva de la vida, más que como su maestra, la priva de sentido. Empero, de acuerdo con Koselleck, los cuatro axiomas instituyentes del sentido retornan por otro camino en el concepto de vida, lo que imposibilita una concepción de ausencia de sentido.

[425]

En “Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia” (2006), la pregunta por ausencia de sentido en la historia sufre un giro estructuralista, con su concepto de “estructuras de repetición”. Koselleck defiende la tesis de que las experiencias son únicas e irrepitibles pero, al mismo tiempo, existen unas premisas comunes a esas experiencias que se actualizan en distintos momentos, sin que por ello se generen experiencias idénticas:

Si todo se repitiera de igual manera, no habría lugar para ninguna transformación, ni tampoco para la sorpresa —ni en el amor ni en la política—. Cundiría un aburrimiento de esos que mueven el bostezo. Si, por el contrario, todo fuera novedoso o innovador, la humanidad se precipitaría de un día para otro, desamparada y desprovista de toda orientación, en un agujero negro. (p. 128)

Su pregunta es cómo se articulan repetición e innovación de modo que sea posible “detectar las estructuras duraderas que revelan y distinguen toda las historias humanas, con independencia de las épocas o los ámbitos culturales en los que las inscribimos al definir las” (p. 130). Dichas estructuras se encuentran en cinco estratos: las precondiciones naturales de la vida humana; los presupuestos biológicos compartidos con los animales; las instituciones, el trabajo, el derecho, creadas por el ser humano; las estructuras de repetición de acontecimientos únicos como las revoluciones; y las estructuras del lenguaje.

Si se asume que los tres textos reseñados dan cuenta de momentos articuladores en la obra del historiador alemán, es posible plantear una hipótesis de lectura sobre el desarrollo de su obra. Estos trabajos permiten inferir que existe un desplazamiento desde la semántica histórica, como forma propia de la investigación histórica que destaca el descubrimiento moderno de la historia,

hacia una perspectiva de cierto modo objetivista, incluso estructuralista, cuyas bases analíticas no están referidas a la semántica histórica.

[426]

En los dos primeros artículos el eje transversal es la diferencia entre historia como decurso temporal e historia como disciplina de conocimiento, lo cual supone que existe una historia objetiva, un algo más allá que, sin embargo, solo puede aprehenderse a partir de las representaciones insertas en los campos semánticos del concepto de historia, puesto que ambas se entrelazan en su concepción moderna. De allí la reiterada diferenciación con formas de significación de la historia procedentes de épocas anteriores. Así pues, la semántica histórica que vincula lo objetivo y lo subjetivo es la que permite sentar las bases para construir la teoría de la historia o histórica.

En cambio, en el tercer texto Koselleck no parece estar interesado en investigar la historia a partir de su propia historicidad, esto es, desde los significados con que es revestida en distintos momentos o épocas, sino que se propone formular proposiciones formales previas al conocimiento de o externas a las representaciones de la experiencia en un momento determinado. Es notoria una inclinación hacia el estudio estructuralista de esa objetividad histórica, al margen de las representaciones o entramados de significación que adquiere en cada época.

En este sentido, parece existir un hiato entre su propuesta inicial de una filología o semántica histórica y la perspectiva estructuralista a la que arriba al final. En otras palabras, la teoría de las estructuras de repetición no necesariamente converge con la historia conceptual. Mientras esta última pretende captar la particularidad del significado en un momento dado, la perspectiva estructuralista apunta a la universalidad, independiente de todo contexto espacio-temporal. Mientras la semántica histórica debe hacer frente a una cierta dialéctica entre las representaciones-significados y lo que acontece, la perspectiva estructural pretende captar el decurso de la historia en forma independiente de esos significados.

Finalmente, cabe formular un interrogante: ¿no constituye dicha perspectiva estructuralista un retorno al historicismo o, cuando menos, a una asignación de sentido a la historia al margen de las diversas experiencias y perspectivas? El concepto de estructuras de repetición es al mismo tiempo promisorio y problemático. Por una parte, comprende elementos de objetividad que, en efecto, se actualizan en la experiencia, como el fondo biológico de la especie humana. Por otra, dichas estructuras, incluso las que tienen un anclaje físico o biológico, están revestidas de un sentido objetivo, que no deja de formular preguntas por el hecho de que siempre se actualicen en forma de acontecimientos singulares. Por ejemplo, ciertos elementos que vinculan a los seres humanos con los demás

animales se deben a un proceso de adaptación cuyo sentido está dado por la selección natural y la evolución, en forma independiente de las actualizaciones particulares que dichas estructuras hagan posible o imposible. También las estructuras “artificiales” (como el trabajo y el derecho) tienen impreso un sentido objetivo independiente de su actualización particular en un momento determinado: satisfacer necesidades, garantizar la libertad, etc.

[427]

EDWIN CRUZ RODRÍGUEZ

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

ecruzr@unal.edu.co

Michelle Allen-Emerson, ed.

Sanitary Reform in Victorian Britain, 6 vols.

London: Pickering & Chatto, 2013.

DOI: 10.15446/achsc.v43n1.55080

Los seis volúmenes publicados por Michelle Allen-Emerson (Profesora en el Departamento de Inglés de la Academia Naval Norteamericana) como editora general, acerca de la “Reforma sanitaria en la Gran Bretaña victoriana”, no son el género de libros que el puntímetro de Colciencias premiaría o que las editoriales académicas tradicionales estarían prestas a publicar. Es, a toda luz, ilógico publicar una serie como la que es objeto de esta reseña, y se necesita visión editorial para entender porqué en cambio es necesario. Lo ilógico de la operación se puede explicar así:

- seis volúmenes, casi 2000 páginas salidos a la luz en dos partes a un año de distancia, en un mundo donde poco se lee y mucho se escucha y mira;
- un tema para especialistas (la reforma sanitaria de la Gran Bretaña Victoriana en el lejano siglo XIX), sobre el cual, además, el acervo bibliográfico es muy copioso.
- seis libros en pasta dura (es decir costosos) sin un único largo ensayo original, y sin citación de un identificativo de investigación financiada, como requieren los guardianes de la indexación de la producción académica, para fingir que un sello burocrático pueda discernir la naturaleza investigativa de una publicación.
- una colección de fuentes textuales en parte ya disponibles en internet, muy a menudo en la versión libre de las bibliotecas